

Juan Marin

Las ruinas de Angkor

Shangai.—China



N los mismos años en que la Europa Católica del Rey Luis VII, al salir de la Edad Obscura y feudal para entrar en lo Gótico imponderable, preparaba su segunda cruzada contra el infiel, florecía aquí en un fértil e ignorado rincón del Asia, un imperio fabuloso cuyas ruinas, descubiertas no hace muchos años, admiten fácil parangón con otros monumentos cumbres de la grandeza humana, como las Pirámides de Egipto, los mármoles del Mar Latino o las piedras Mayas y Aztecas.

El viajero chino Tcheu Ta-Kuan, redactó en el año 1295 sus célebres «Memorias» en las cuales ya incluye una detallada descripción de la metrópoli cambodgeana a más de un siglo de distancia de su fundación y si bien él advierte que la ciudad acaba de ser saqueada por los ejércitos de Siam, la visión que de ella nos transmite es, sin embargo, de una riqueza y un fasto sin par en los anales humanos.

El Rey Suyavarman II, especie de Pericles y de

Alejandro Magno en una sola persona, constructor incansable, guerrero valeroso, estadista de largos alcances, diplomático sutil, artista y filósofo ante todo, había dispuesto y organizado su capital con un tino admirable. Durante su reinado, el Cambodge dió su mejor latido y su más acabada floración. Angkor fué la sonrisa del Asia igual que Grecia lo fué de Europa. Después de él, la civilización kmera empieza a dar señales de fatiga y decadencia; los monarcas se hacen errantes como en los tiempos de sus fundaciones y, cuando en el siglo XVI, los portugueses penetran por primera vez en la espesura alucinante de las selvas de Cambodia, sólo encuentran una ciudad grandiosa pero muerta, con su gigantesco esqueleto semi enterrado en la maleza. Y, ¡cosa extraordinaria!, atónitos ante el hallazgo, maravillados ante el sorprendente espectáculo, no atinan sino atribuirla a los romanos. Es que el hombre de Europa ha sido siempre fundamentalmente «europeo-céntrico», impermeable para la comprensión y asimilación de culturas extrañas. Bien lo sabemos nosotros los indoamericanos, cuando pensamos en el tesoro artístico que el conquistador no supo, o no quiso respetar en tiempos del Descubrimiento y la Conquista, seguramente no tanto por saña o pasión religiosa, sino simplemente porque no fué capaz de comprenderlo. Imaginar el palacio del Bayon o el Angkor-Vat como obra de los romanos es tan disparatado como atribuir a los mismos la Puerta de Tiahuanaco, de Bolivia, o los Ptolomiros de la enigmática Isla de Pascua.

Para abarcar en toda su magnitud la potencia de esta civilización (que no fué fruto inesperado del azar sino que fincó sobre firmes cimientos de conquista y sobre una paulatina evolución político-religiosa) debemos considerar que la ubicación misma de la ciudad fué resultado de detenidos estudios técnico-políticos. En seguida, los trabajos preliminares a su fundación incluyeron obras de ingeniería de tal audacia como la desviación del curso del río Siemreap y la construcción de los dos grandes «Baray» o Lagos, uno occidental y otro oriental, que aseguraban la irrigación permanente de la ciudad con sus fosos, sus estanques, sus baños públicos, etc.

Hacia el año 877, el Rey Yacovarman fundó la ciudad, la que llevó el nombre de Yacodharapura en honor suyo y «trajo el Kamrateng jagatta-rajá o Dios Real, desde Hariharalaya, que era entonces la capital, para fijarla en esta nueva ciudad y entonces Su Majestad erigió el Templo Central». Así reza una importante inscripción conmemorativa descubierta en el monumento Sdok Kak Thom.

A la muerte de este gran monarca, y seguramente a causa de las devastadoras guerras contra los Cham, sus sucesores abandonaron la flamante metrópoli hasta que, de nuevo, el año 944, Rajendravarman vuelve a ella con el Dios Real y la corte. Este Rey aportó también numerosas obras a la ciudad y fué bajo su auspicio que se construyó—entre otros—el bello conjunto de Templos que forman el Mébon oriental.

Desde la citada fecha, puede decirse que la villa es, sin interrupción, reconocida como «nagara» o capital de Kambuja. Así continúa, a lo largo de dos siglos embelleciéndose y creciendo, a la par con el Imperio Kmero, hasta alcanzar su acmé con Suyavarman II que toma el poder en el año 1112 y gobierna hasta el de 1152.

El material usado en la construcción es, predominantemente, la piedra pulida, sin interposiciones de substancia intermedia: simplemente por aposición de bloques sobre bloques. Esta piedra se extraía de grandes canteras no muy lejanas y se supone que los trabajos ocupaban a miles de siervos y prisioneros de guerra, pues la duración de ellos ha sido relativamente corta. Hay algunos templos y murallas de las cinturas externas, construídos con laterita y otros aún con ladrillo cuya cocción se ha demostrado excelente, puesto que ha resistido hasta nuestros días. Los revestimientos interiores eran, naturalmente, de sólida y fina madera labrada, como lo eran también las casas habitaciones de la clase media y del pueblo. De madera que—había allí en tanta abundancia—fué en un principio toda la arquitectura kmera. Pero de toda esa superestructura y de todas esas construcciones ligeras, la acción del tiempo y la selva, no ha dejado nada.

El tema decorativo fundamental es la «naga» o serpiente gigantesca, con siete cabezas y rostro de pájaro: todo hace presumir que, en un remotísimo pasado, el animal «tótem» de las primeras tribus de esta raza fué

la sierpe. Junto a la «naga» y en una casi igual profusión, aparece el «garuda», especie de león con torso humano y cabeza también de pájaro, ente de indudable filiación y genealogía mítica hindú. A estos dos temas fundamentales, se agregan las «apsaras» o bailarinas sagradas, en sus hieráticas y estilizadas actitudes; y luego los Budhas: el Budha sobre «naga», el Budha sobre la hoja de loto, el elefante, etc.

Existe en Angkor Thom, una inmensa explanada del Palacio Real, llamada, sin que se sepa a punto cierto por qué, la «Terraza del Rey Leproso». Ella reposa enteramente sobre una muralla esculpida con centenares de elefantes en piedra, de tamaño natural. En este sitio se encuentra una de las joyas escultóricas de Angkor, la estatua llamada del «Rey Leproso», única por la pureza de sus líneas y por el misterio impresionante de la expresión de su rostro. Diremos, además, que esta misma Terraza está rodeada en todo su contorno, por una segunda galería, estrechísima y sinuosa, cuyas murallas repiten en forma obsesionante y múltiple el tema de las bailarinas reales.

La metrópoli se extendía hacia los cuatro puntos cardinales en un radio no menor de diez kilómetros y se abría en las mismas direcciones en cuatro puertas monumentales, custodiadas en la perspectiva de sus largas avenidas, por los célebres «gigantes» de piedra, sosteniendo en sus brazos robustos a la enorme «naga» de siete cabezas. Se han contado quinientos cuarenta de estos «gigantes»; cada uno de ellos tiene un rostro di-

ferente y está en una diversa actitud. Representan ellos, sin duda, a los dioses o demonios guardianes de la ciudad y de los templos.

Toda esta grandeza y toda esta hermosura no son, sin embargo, fruto de la libertad sino de la esclavitud. Millones de siervos dejaron sus vidas sobre la tierra calcinante de los llanos de Cambuja, para que estas torres y estos rostros de dioses pudieran elevarse, eternizándose sobre ella. Las decoraciones murales nos muestran con harto realismo, a los míseros esclavos, conducidos en manadas, atados con un aro que perfora sus narices, marchando y trabajando a látigo de capataz. Cuando la fatiga o la sed los vencían, el suplicio y la lenta tortura actuaban para reanimarlos. Los kmeros fueron, en sus primeros tiempos, una nación guerrera y avasalladora. Sus batallones todavía marchan, airoso y bien equipados, a lo largo de los frisos interminables de estas murallas.

El oro no se escatimó en sus palacios: las que hoy se ven piedras desnudas, revestidas estuvieron del áureo metal. De oro eran también los interiores de las regias cámaras y de los templos, y de oro las ajorcas y collares de las bailarinas sagradas que bailaban semi-desnudas en los festivales.

Al revés de lo que ocurre en otras razas orientales, la mujer cambodgeana parece haber sido realmente hermosa: las esculturas y bajorelieves nos muestran sus pequeños cuerpos armoniosos, con manos y pies finos y senos binchados en plenitud de formas y de vida y sus

rostros adorables, enigmáticamente sonrientes. Se cuenta, a este propósito, que uno de los arqueólogos franceses encargados de las excavaciones, se enamoró perdidamente de una imagen de bailarina sagrada y puso fin a su vida allí mismo, trágicamente, ante la imposibilidad de alcanzar el objeto de su pasión sobrehumana.

Las hay por centena y millares de estas «apsaras» en los muros de los templos y palacios: una tiara cónica sobre la cabeza y largos pendientes en las orejas, los ojos cerrados en un gesto suavísimo que armoniza con la fina ondulación de los labios, como si sonrieran o si soñaran dormidas. La mano izquierda reposa sobre el vientre, con los dedos extendidos, mientras la derecha se curva como un tallo por encima del hombro del mismo lado. Una falda de brocado y oro les cubre los muslos y las piernas, dejando el busto desnudo, con la cintura estrecha como de avispa y los senos erectos y redondos desafiando al espectador. Un ancho collar en la base del cuello, pulseras en los brazos y muñecas, ajorcas en los tobillos, inmóviles y enigmáticas, las bailarinas sagradas ofrecen desde el silencio de las torres vacías del Cambodge, una de las más puras y perfectas ecuaciones de belleza humana, jamás alcanzadas en el arte, como estilo, como interpretación o como contenido. Hay algo en ellas que se deshumaniza en un halo o un perfume de misterio y de eternidad.

El artista que ejecutó aquellas «apsaras» quiso no

sólo modelar cuerpos vivientes y formas existentes, sino que sopló sobre sus delicadas y cautivantes anatomías, un hálito poderoso del «más allá» inexcrutable. Arrancó sus cuerpecillos frágiles de los estrados de la danza y de las alcobas perfumadas y logró trasladar aquellas fórmulas estéticas al reino turbador del mito y la leyenda, allá donde las viejas religiones paganas reunían y cristalizaban las quinta esencias del conocimiento y de la poesía.

El poder de los sentidos se disminuye y se atomiza hasta hacerse prácticamente inexistente, durante la contemplación de estas imágenes. El espectador siente e intuye que dentro de su alma se abre una grieta fría, una hendidura casi imperceptible, una ventana, una «puerta en el muro», como aquella de Wells, a través de la cual el Gran Misterio empuja dentro de nosotros su mano fría y transparente como un ectoplasma.

II

El viajero que llega desde Phnom-Penh a Siem-reap, después de recorrer durante diez horas, en automóvil, los caminos interiores del Cambodge, encuentran allí una pequeña ciudad, quieta y limpia, edificada a la orilla de un río, en la vecindad del Gran Lago, con sus pagodas, sus «cyclos», sus bonzos, sus pájaros chillones y con dos hoteles modernos conectados directamente con el «Bureau de Tourisme Indochinois».

De Siemreap a las ruinas más cercanas—las de Angkor Vat, no hay más que seis kilómetros de distancia que se pueden recorrer en un «cyclo» sobre un excelente camino que la sombra de los grandes árboles y de las gráciles palmeras, protege contra la canícula.

Pero, una vez llegados a las ruinas, es decir a Angkor propiamente dicho, los caminos se extienden, las distancias se multiplican y el viajero no tiene más remedio que dejarse conducir en automóvil por el guía nativo, que en su media lengua francesa, se ofrece a llevarlo en peregrinación a lo largo del Pequeño Circuito y del Gran Circuito.

Sobre una extensión que abarca docenas de kilómetros, el Servicio Francés de Arqueología, ha ido desenterrando y desbrozando, en treinta años, un conjunto de más de veinte palacios cuyos bloques de piedra han resistido al tiempo y a la acción disolvente, corrosiva y devoradora de la selva. Estas unidades arquitecturales, con sus murallas, sus fosos y las avenidas y explanadas que las relacionan entre sí, representan el mundo esqueleto sepulcral de una metrópoli que antes existió. Gracias a ese esqueleto podemos reconstituir, imaginariamente, su superestructura. En esta labor se han visto también, los arqueólogos, considerablemente ayudados por las numerosas inscripciones grabadas en lengua sánscrita: en la piedra y por las escenas representadas en los bajorrelieves que decoran kilómetros de murallas del recinto.

Podemos así, vestir de nuevo las piedras que ahora

yacen desnudas, poblar sus calles antaño tumultuosas, decorar las salas de los palacios, iluminar las estancias con los vivos colores y el oro que tanto gustaban a los cambodgeanos, llenar con fieles los templos donde se adoraba a Budha o a Visknú, imaginar los ejércitos acampando en las amplias plazas públicas de regreso de sus victoriosas campañas, escuchar las sonoras voces de los comerciantes al entrar por las puertas de la ciudad con sus rebaños y sus mercancías, ver a las legiones de siervos trabajando como hormigas en las inmensas canteras o en los colosales canales de regadío.

Uno tras otro, los templos y palacios fueron alzándose sobre sus cimientos, ayunos primeros casi totalmente de ciencia arquitectónica, contruídos en un solo plano, sin perspectiva, a pura fuerza de genio y de potencia creadora: el Phimeanakas y el Bafuon, casi destruídos hoy; el Bayon, asombrosa y compleja construcción, delirio en piedra de un artista alucinado, que con sus cuarenta y nueve torres, cada una de ellas decorada con cuatro rostros gigantescos y enigmáticos de dioses, con sus muros materialmente bordados de imágenes avasallantes, despierta en el espectador—más que ningún otro monumento—ese terror sagrado, ese vértigo abismático de lo que no se logra sino apenas entrever en las playas remotas de un mundo incógnito; Angkor-Thom con su Palacio Real y sus Terrazas, incluyendo la poemática y turbadora morada del Rey Leproso; el Tep Pranam y el Prah Palilay donde, en plena época sivaica, se adoraba sin embargo a Budha;

el Prah Pithu y su grupo de santuarios; el Prah Khan o «espada sagrada», vastísimo templo que, tal vez más que ningún otro, ha sufrido los asaltos de la marejada verde de la jungla; el Banteai Kdei; el Ta Prohm con sus torres y galerías todavía extranguladas de lianas a pesar de los esfuerzos del Servicio de Conservación; el Banteai Samré, adorable conjunto de un estilo ya muy evolucionado y armonioso; el Pre Rup y el Prasat Kao, donde vemos ya aparecer la pirámide arquitectural, precursora de futuras realizaciones; y Angkor-Vat finalmente, culminación y gloria de la época de Suryavarman II.

Este palacio de dimensiones colosales, que sólo desde un avión puede ser abarcado en toda la magnitud de sus volúmenes y ángulos, se empezó a construir en el siglo XI y es, con justicia, considerado como una de las joyas arquitectónicas de Oriente. Ya los balbuceos de los antiguos constructores han sido superados, las perspectivas se alargan, los planos se agrupan en forma piramidal, el desorden y la confusión del Bayon han dejado lugar a la simetría, la ponderación y la belleza simple y pura.

Angkor-Vat es la culminación artística del imperio Kmero como ecuación de medida y de armonía, en tanto que el Bayon es el desborde del genio, la pujanza incontenible de la creación, volcándose en la piedra en cataratas de imágenes alucinantes. El primero es lo apolíneo en las categorías nietzscheanas, mientras el segundo es lo dionisiaco total y absoluto.

Angkor-Vat pudo ser concebida por los griegos o por un intelectual muy evolucionado, del tipo de Leonardo, por ejemplo. El Bayon se diría, en cambio, la obra de un Miguel Angel primitivo, un Wagner que se expresara en piedra, un Shakespeare dialogando con dioses y gigantes, la cristalización súbita de un protoplasma cósmico poblado de larvas donde se incubaran los mitos y los sueños.

El culto que se practicaba en todos estos Templos, fué en épocas sucesivas o coincidentes, tanto el brahmánico como el búdico. Durante cierta época se adoró también—en calidad de Dios Real—al «linga» o falo, como símbolo de las potencias creadoras de la Naturaleza. En casi todas las ruinas, junto al altar y a las piscinas de las abluciones, se encuentra la imagen del «linga», con múltiples variaciones dentro de la más realista exactitud.

La influencia de la India es muy visible en todos los aspectos de la cultura kmera. La riqueza del país parece haber sido fabulosa. El oro y las piedras preciosas ocupaban preferente lugar en los adornos de los palacios y de los trajes. La industria del tejido de algodón fué traída desde las orillas del Ganges y la de la seda desde el Imperio del Dragón en el siglo XII, después que Suryavarman II estableció relaciones diplomáticas con China. El bronce fué también trabajado por los artistas cambodgeanos, con primor y les sirvió a maravillas para reproducir su abundante y complicada iconografía en la que los dioses índicos se,

mezclan a los demiurgos del país: los Dvarapalas y los Rakshas, que son guardianes y demonios; el elefante tricéfalo de Indra, la Naga, verdadero «leit-motiv» escultural e iconográfico (1); el Suparna búdhico, el Garuda brahmánico, las máscaras sivaicas, etc.

Hemos recorrido en unos cuantos días todo un mundo alucinante de piedras extraídas del olvido y del misterio. Mundo que viene a ser como el casco desmantelado de un colosal navío que naufragara hace mil años.

Cuando los hombres morenos, que descendían del Sol y de la Luna (2) abandonaron su recinto, todos aquellos santuarios y aquellos palacios se hundieron en la selva, fueron tragados por ella, devorados materialmente hablando, ahogados por las avalanchas de aquel océano vegetal. Una dramática lucha ha debido verificarse en cada metro, en cada pulgada, incesantemente, durante los centenios. Lucha de la arista dura contra el tentáculo absorbente de la liana, del torso pétreo de la estatua contra el hocico múltiple y voraz de las grandes raíces, de los bloques graníticos contra el abrazo envolvente y corrosivo de los musgos. Y en ese

(1) Naga o serpiente, como animal totémico debe seguramente ser el sustituto de una «diosa-madre» (no el Dios como representación del Padre de la mayoría de las otras culturas). A su vez la noción de una «diosa-madre», tiene que corresponder a un régimen matriarcal anterior. Recuérdese el mito de la «nagi» (ente mitad mujer y mitad serpiente) que al unirse al Príncipe hindú en un islote desierto, dió origen a la raza kmera. La «nagi» era un ser que habitaba las aguas, imago de creación y nacimiento en los mitos y en los sueños, en todos los pueblos.

(2) Raza india o raza «solar» y raza polinesia o «lunar».

combate, minuto a minuto, los perfiles fueron siendo borrados, los muros abatidos, algunas torres quebradas y deshechas. Las huellas del destrozo están ahí a la vista, frente a nosotros. Hay cúpulas macizas y elevadas que fueron perforadas por los troncos que ascendían con hambre de sol, gruesas murallas retorcidas como briznas por el abrazo de las ramas, pabellones robustos extrangulados por las raíces reptantes y prepotentes.

La selva está junto a nosotros, despierta y ávida, cargada de apetitos dinámicos, lista para recuperar lo suyo. Cada día las cuadrillas del Servicio de Conservación de Monumentos han de estar rechazándola, batiéndola, impidiéndole acercarse. Mas, siempre existe la labor oculta, a flor de tierra o aun subterránea, la fermentación molecular de la materia orgánica, el trabajo de las miriadas de insectos que pululan bajo las hojas secas, la vida que brota incontenible de la tierra fecunda por las torrenciales lluvias del trópico, el contacto de los áureos pólenes que el viento dispersa. Grupos de monos vocingleros brincan en las altas ramas, el canto de miles de pájaros orquesta el aire diáfano, gruesas sierpes ponzoñosas de roja cabeza puntiaguda se deslizan entre las grietas y grandes arañas tejen sus redes por doquier. De las galerías oscuras de los templos, de sus desiertos corredores y de la bóveda de sus torres, centenares de murciélagos alzan el vuelo, agitando sus negras alas trapudas cuando el visitante se aproxima.

Muchachos morenos, semidesnudos, con sus arcos y sus flechas, merodean en torno a las ruinas. Los bonzos budistas, con sus anchas túnicas anaranjadas, pasean a lo largo de las avenidas. Los elefantes esperan al turista para conducirlo al Banteai Kdei, que se alza en la cumbre de una colina. Y un poco más allá de los caminos centrales, a escasos kilómetros de las ruinas, el tigre y la pantera, el búfalo salvaje y el jabalí aguardan al cazador osado y experto que desee afrontarlos.

Dos o tres veces al año, durante los grandes festivales religiosos, las bailarinas reales de Phnom-Penh, vienen a las ruinas para cumplir los ritos y entonces, en esa magnífica explanada que se extiende frente a la puerta occidental del Palacio de Angkor-Vat, bailan en grupos, al compás de primitivos instrumentos de cuerda. Danzan las muchachas sagradas de hoy, tal como danzaron las Apsaras, sus hermanas desde hace diez siglos. Y el pueblo se reúne en torno de ellas, viniendo a veces desde el lejano arrozal o desde la playa soleada, recorriendo millas y millas por los caminos polvorientos para admirarlas.

El crepúsculo desciende sobre Angkor-Vat. Las bailarinas han partido. El pueblo se ha dispersado y los bonzos se recogieron en sus sencillas pagodas. Sólo queda un eco de música en el aire y una vaga sensualidad despertada por las danzas estilizadas y por la brisa cargada de pólenes y perfumes vegetales. En el Bayon los rastros impasibles de los dioses sonríen,

enigmáticos depositarios de un secreto no revelado. La Naga colosal reposa en los brazos incansables de los gigantes que guardan los santuarios. El sol empuja cielo abajo su ancha marejada sangrienta y el agua del Baray refleja en su superficie teñida de púrpura, la imponente silueta de las torres grises y la masa verdiglauca de los árboles. Toda la vida parece detenerse en este instante en que el paisaje adquiere su máxima belleza. Después llega la noche y la gran flota de barcos de piedra, naufraga en las sombras, descende una vez más en el reino de las tinieblas.

Y el viajero se aleja presuroso porque adivina que esa es la hora ritual y prohibida en que los dioses toman su desquite de los hombres.